

# Reseña



***“Musgo de nuestras aldeas”  
José Francisco Ortiz.***

## **Una Nota Sobre el Poemario “Musgo de nuestras aldeas” de José Francisco Ortiz.**

“Musgo de nuestras aldeas” es un libro de una fuerza amable. Me lo aprendo desde lo más profundo del corazón de un Dios. Todo de memoria, letra a letra, palabra a palabra, signo a signo, espacio a espacio, tiempo a tiempo, para notar el asombro de Jhon Milton, pues las palabras aquí han salido horneadas de un cielo nuevo, de Dioses futuros y furtivos que no encontraron su mitología para arreciar el porvenir.

Me los recito en voz alta a mí mismo en al menos 4 tonos: la alegría, la sabiduría, la gravedad y el misterio de lo absoluto. También los intuyo en los viajes desde el silencio libre y la alegría calmada de los árboles del paisaje, donde los turpiales me descubren sonidos de hadas antiguas extinguidas y me enseñan que el uso de las palabras, números y de las armas es necesario para pulir lo más sagrado que se repite en lo humano.

Ni Goethe, ni Udón, ni Shakespeare, a quienes leo con un placer supremo, me lo enseñaron. Hay metáforas del “Cementerio Marino” que no podrían sobrevivir entre el tono de la sabiduría semítica, más allá del bien y del mal, de este libro.

Todo en él respira por las antiguas piedras de lugares que no hemos conocido. Suena por las confluencias de mágicas palabras de la tierra, que en esta obra, piden combates, contra verbos de abiertos cielos. Es soberbiamente bello, sin permitirse en sus palabras el abandono.

Leído en voz alciónica (con la que predicaba Zoroastro en los confines árabes), las metáforas de Rilke se complementan metafísicamente y ontológicamente. El paraíso oído, como la madre de Wilde escuchaba crecer las margaritas. Logró el poemario una dura dulce voz de reminiscencias del maestro de Aquiles, cosa extraña en nuestro medio. Comparto con la inmortal Jane Austen su ideario de lo que significa estar bien educado: tener algo que decirle al mundo.

“Musgo de nuestras aldeas” es un libro educado. Pudo haber sido escrito en Londres, París o Berlín. Superó el poeta todas las influencias, cosa que no sé si aprendió de Goethe o porque se lo enseñó la intuición de uno de los transfinitos de Cantor, perdidos en la inmortal obra del supremo Borges.

Tiene el poemario una fuerza firme que ya no se encuentra en muchos de los poetas actuales por falta de originalidad de palabras puras, sonidos póstumos e inexperiencia en combates, y, que han olvidado que

la personalidad se transcribe en el poema para enriquecerlo o debilitarlo, además de que no han terminado de comprender que una sola palabra mal colocada y sin intuición poética, destruye el arte más puro de la gran poesía.

Logró este poemario un sonido de las vocales corteses, incluso con la última vocal, que es la más difícil de levantarle vuelo y musicalizarla. La lectura de este libro me hace olvidar por un tiempo largo a Yeats.

No sé la razón, pero me ha hecho soñar con el gran Udón, ese apolo de la lírica, que siempre intuyo en presentimientos riendo, con una risa y una picardía que no le he visto ni siquiera a los hombres más felices de la vida, porque eligió como Joyce y Quevedo sus propios defectos. Asumo que es una premonición de un gusto filosófico por los poemas de “Musgo de nuestras aldeas”.

Cientos de metáforas de “Musgo de nuestras aldeas” salieron de la mesa de Dioses del porvenir, que jugaban cartas. Fue un sueño de un Dios griego: una visión que sobrevivirá al descuido de lectores contemporáneos, que muchas veces no aciertan en sus lecturas y olvidan que lo bello, lo bueno, lo grande camina por las grietas con el futuro que hace migas a los siglos en pisadas de luz. Lo bello tiene el deber de ser perfecto.

Este libro, amigo lector, nos avisa de una inmortalidad telúrica, que es el presente de la alegría de hombres que se saben corteses, por no ser, ángeles. La gente tiene la manía de confundir la sensibilidad artística con inteligencia, quizás por no tomar café o porque encuentra un placer morboso en equivocarse. La buena poesía es profunda, cristalina y con la excelencia de su género, incluso, cuando toca la sencillez con el sonido de la lira griega. Mucha de la poesía actual está hecha por aburridos de la vida. Creen que la celebran cuando cantan su propio cansancio y el desgaste del ánimo de no poder asimilar el cielo cultural, humano y divino del próximo milenio.

Piensan que escriben un poema cuando lo que hacen es mostrarnos que no han leído, viajado, amado, vivido, ni sufrido. Están cansados, creen estar vivos porque viajan, luchan, tienen orgasmos, tienen hijos, han reunido dinero y se desviven por un doctorado. No podemos escuchar la voz real de Ulises, pero “Musgo de nuestras aldeas”, está aquí para recordárnoslo e invitarnos que la fuerza del obrar, la palabra y la magia de los números redime lo más sagrado de la inmortalidad de la vida.

El libro nos ha dado una hermosa lección en cada página: la impaciencia y la falta de combates lastiman la inmortalidad del alma. Las cosas que hay que decir, hay que decirlas, incluso en el infierno y cuando haya unos Dioses romanos de visita en él.

***Deivi Luzardo.  
Prof. Facultad Experimental  
de Ciencias LUZ***